

Alberto Gárate Rivera

El profesorado frente a la pandemia

Relatos desde el curso
del desastre

CON LA COLABORACIÓN DE
Mónica I. Gárate Carrillo

Octaedro 

El profesorado frente a la pandemia. Relatos desde el curso del desastre



El Centro de Enseñanza Técnica y Superior (CETYS Universidad) ha colaborado en la edición de este libro.

Primera edición: septiembre de 2020

© Alberto Gárate Rivera

© De esta edición:
Ediciones OCTAEDRO, S.L.
Bailén, 5, pral. – 08010 Barcelona
Tel.: 93 246 40 02
www.octaedro.com
octaedro@octaedro.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18348-44-0
Depósito legal: B 17667-2020

Maquetación y producción: Ediciones Octaedro
Ilustraciones: A. Carolina Gárate Carrillo

Impreso en Ulzama

Impreso en España - *Printed in Spain*

La pandemia está cambiando nuestras vidas. El tono festivo de la muerte en la cultura mexicana presenta síntomas de fractura. Son tantos los muertos que los enterramos a toda prisa –o no los enterramos– sin el llanto colectivo, sin el techo de la tumba tapizada de flores. Muertos y vivos nos quedamos en la orfandad. Y debemos seguir, pensando y actuando en un mundo de arenas movedizas, hasta que alguien sea capaz de regresarnos la vida imperfecta que teníamos.

Para mi hermana Male, que este 2020 la ha reconfirmado como una gladiadora de la vida.

Contenido

Agradecimientos	15
Introducción	19
PRIMERA PARTE: Los maestros del abandono	27
1. El curso del desastre	29
2. Los maestros del abandono	35
3. Entren a divertirse	41
4. Que alguien me eche un lazo	47
SEGUNDA PARTE: Los maestros del soplo vital	55
5. El soplo vital	57
6. ¿Qué cambiar y con qué permanecer?	63
7. Los estudiantes huelen la sinceridad	69
8. Ser más que el envoltorio	77
9. Ponerle el pecho a las balas	83
TERCERA PARTE: Los maestros en medio de la planicie	91
10. La tiza y la pizarra en el Mar de los Sargazos	93
11. De a poquitos, en el patio de la casa	101
12. Lo que nunca haría es darme por vencido	111
EPÍLOGO: La escuela es un lugar, también un territorio	121
Referencias bibliográficas	137

Cuando escampe la tormenta, ¿cómo encontrará esa nueva realidad la voluntad que mueve nuestro ser docente?

Pienso que la pandemia ha sacado a la luz a los verdaderos profesores-educadores, y ha puesto en su sitio a los que sólo trabajan por el sueldo de cada mes. A estos, las dificultades añadidas para enseñar les ha servido para tomarse un descanso, y el parón obligado no les ha supuesto ningún contratiempo. La educación está atravesada, de principio a fin, por la ética, es decir, por la compasión. Educar, al igual que compadecerse del otro, nace de dentro, de las entrañas. No se aprende en los libros. Educar no es una cuestión de «saber», sino de ser sensible para escuchar y atender a la voz del otro, acogerlo y hacerse responsable de él. Pero esto nos complica la vida.

El proceso educativo es algo «misterioso», ocurre y no sabemos cuándo ni cómo. Sí sabemos que es un acto de amor, de renuncia de sí y salida hacia el otro en un viaje sin retorno. Por eso hay muchos profesores y pocos educadores. El COVID-19 nos ha obligado a repensar lo que estamos haciendo, y no solo en educación, sino en otros muchos ámbitos de la vida. Anticipo que se impone una respuesta global a los muchos problemas a los que nos debemos enfrentar, y esta respuesta pasa por hacer de la ética un estilo de vida, empezando por cada uno de nosotros, sin esperar a que también lo haga nuestro vecino de enfrente.

PEDRO ORTEGA RUIZ

Agradecimientos

Con gran placer me encontré con las voces de profesoras y profesores que generosamente me compartieron su experiencia en las aulas universitarias. La tormenta todavía no escampaba y ellos, en medio de las mil dudas diarias, me dijeron qué y cómo lo hacían para mantener en sus alumnos una buena dosis de esperanza. Estoy en deuda con Mónica, Édgar, Viviana, José Luis, Luis Fernando, Ximena, Juan Manuel y Teresita, maestros mexicanos, lo mismo que con Melissa, residente de Arizona, y Lina María, académica colombiana.

Por otra parte, tuve encuentros con algunas voces frescas, carentes de discurso educativo. A cambio de ello, sus intuiciones sobre lo que está ocurriendo con la educación y con la forma de trabajar de sus profesores son aleccionadoras. Agradezco las palabras de Melissa, Mathie, Luis Fernando, David, Jorge Luis, Valeria y Marlene.

Conforme avanzaba en la escritura de los relatos, me preguntaba: ¿qué pensará Pedro Ortega, precursor del discurso de pedagogía de la alteridad, acerca del cierre de las aulas universitarias? Hablé con él un par de veces y nos escribimos otras tantas. Generoso como siempre ha sido, se dio el tiempo para responderme esa y otras interrogantes. Mi agradecimiento es permanente.

Para que este libro estuviese completo, debía conversar con un académico especialista en la formación y actualización del profesorado. Graciela Cordero reflexionó una

tarde sobre el tiempo que vivimos y la manera como los docentes lo encarán. Sus conceptos son un valioso aporte.

Una vez más, Néstor Robles me leyó. Sus notas son de gran valor.

Timing en política, según Jorge Castañeda (2014), es interpretar correctamente la realidad y situarte en ella. Leer el tiempo y utilizarlo a tu favor. De una manera menos técnica, se puede decir que a veces las cosas se acomodan. Para que este documento fuese escrito, cuatro elementos confluyeron en el momento oportuno:

1. La pandemia ofreció, y lo sigue haciendo, una coyuntura perfecta, pues todas las personas que tenemos algo que ver con la escuela, hablamos de ella. Nos preguntamos cuándo van a regresar nuestros hijos, si las escuelas aplicarán bien los protocolos de salud, si los profesores estarán capacitados para otras formas de enseñar.
2. Por su parte, mi madre, nana Chinda, ya terminó de leer *Soy Malala* (Yousafzai y Lam, 2013) y ahora lee de media noche, como acostumbra, la biografía del Dr. Q., Alfredo Quiñonez (Quiñonez-Hinojosa y Eichler, 2011). Como ve que las páginas que faltan se van volviendo más delgadas cada madrugada, un día de estos me dijo: «¿Escribirás alguna historia pronto? Ya sabes lo que me gustan los relatos».
3. Mónica, una de mis hijas, es profesora universitaria y le gusta indagar todo lo que tenga que ver con los maestros y con la lectura y redacción. Ella me acompañó en las entrevistas a estudiantes y profesores y, aprovechando que entramos al periodo vacacional en la universidad, ha leído y corregido acuciosamente cada relato. Su colaboración ha sido invaluable.

4. Carolina, otra de mis hijas, arquitecta y apasionada por el diseño, recién acaba de concluir una maestría en urbanismo. En esas semanas de descanso le he pedido que dibuje algunas ilustraciones para el libro. Posteriormente le escribí un correo pidiéndole que me diseñara una portada. Le di algunos *nortes*, sólo eso, aproximaciones. El resto lo puso su torrencial creatividad.

Para escribir un libro, es menos el *timing* y más las capacidades que permiten el accionar colectivo. Para decirlo más casual, se alinearon las estrellas. Todo ello obró a mi favor. La vida sigue siendo generosa.

Introducción

El relato no explica, conquista, puebla territorios, secuestra a la realidad y termina por seducirla. El relato se inventa el tiempo y el espacio y, sin saberlo, termina siendo rehén de ellos. En el relato la duda es permanente: ¿existe el profesor Porfirio y el alumno David o es una invención del escritor, rehén, a su vez, de su propia narrativa?

Días que muestran sus fauces voraces. Meses de vapor inexplicable que asaltaron la memoria con tinta indeleble y que habremos de recordar con amargura. Un bicho frenético e insaciable, microscópico e incorpóreo al ojo del ser humano, vino a enterrar de manera virulenta ideas, proyectos, posibilidades. Y tuvimos que detenernos, perplejos, agónicos por momentos, atemorizados en la luz y en las sombras. Aquí no ha habido líderes, sino combatientes; no hubo razonamientos que alcanzaran, acaso intuiciones. Llegó la pandemia y debimos recluirnos en un espacio que aprendimos a reconocer centímetro a centímetro. Tantas semanas en el mismo sitio nos ha llevado a sacar de las brumas secretos olvidados. Esa bacteria maligna nos llevó al *curso del desastre*.

En estos meses de fracturas del mundo imperfecto en el que vivimos, una frase que leí me ha perseguido como la pandemia misma: *Hay que tener mucho coraje para ver la desesperanza*, para no evadirla, para plantarle cara. Esas

palabras se empezaron a acomodar en mi conciencia a partir de escuchar la orden categórica: *Mientras nos asola la pandemia de la COVID-19, nadie debe estar en un salón de clases*. Azorados, vimos la experiencia en China y a las pocas semanas Italia y España se sacudían con una fuerza inaudita. Morían cientos, no sólo ancianos, también jóvenes y niños. Días después, en algún país de América, un pasajero bajó de un avión que venía de Oriente, o de la Europa Occidental, y el enemigo se fue infiltrando por todos sitios. Aquello ha sido un fuego del que todavía no recogemos cenizas. Seguimos esperando que, de ese *curso del desastre*, de las cenizas mismas, emerja un *soplo vital*.

En las primeras semanas de mayo de este 2020, cuando el coronavirus hacía crecer la infame curva que nos agobia a todos, me hice esta pregunta: ¿qué están haciendo los profesores y los estudiantes de las diversas universidades de la región ante la contingencia? La inquietud aleteó en mi pensamiento al conversar con un joven de un posgrado en educación. Me decía que uno de sus maestros se tomó en serio lo de la suspensión de clases y no se comunicó con ellos sino hasta después de las dos semanas de vacaciones de Semana Santa. Esto es, dejó pasar casi un mes para decirle a sus alumnos, vía correo electrónico: «Haremos esto y esto otro para concluir el semestre». Se calló, se quedó mudo, se paró. El muchacho no salía de la perplejidad y de una cierta frustración cuando me lo compartía.

Luego me puse a indagar, buscando notas para el autoengaño. Y me llega la voz de un profesor que me cuenta lo que hizo en una de sus clases. A creerle si fue como lo narra. Me dice que un día se conectó con sus alumnos para atender una clase programada, a través del recurso pedagógico de moda: la plataforma Zoom. La suya era la tercera sesión del día. Antes de él, dos profesores habían

usado la misma plataforma, el segundo de una manera muy peculiar: «Mis estudiantes me comentaron que el profesor había enfocado la cámara de la computadora a una tableta electrónica que habilitó como pizarrón. Y ahí vació sus fórmulas matemáticas por casi tres horas. La queja fue que en todo ese tiempo la cámara no se movió. Nunca le vieron el rostro a su maestro». ¡De enfado supremo! Según su versión, al darse cuenta de la fatiga de sus estudiantes, optó por desconectarse a los minutos, no sin antes dejarles una tarea. La duda prevalece con inquietante persistencia: ¿qué hemos estado haciendo en las aulas universitarias? Y más puntualmente, ¿qué hemos hecho durante la contingencia? Las preguntas poco tienen que ver con un sentido de eficiencia, esto es, de si pudimos sostener la actividad académica y los muchachos, al final del proceso, lograron alcanzar los resultados de aprendizaje. Más bien es una interrogante que se mete en el terreno de lo pedagógico y trasciende hacia el carácter y la voluntad.

En esa suerte de avatar exploratorio, decidí entrevistar a una maestra universitaria. Su torrente de ideas es como el aleteo de un colibrí. En una de ellas sostiene: «Hay una cierta ironía en esto: los profesores, que viven del conocimiento, no quieren aprender cosas nuevas, ¿no lo crees?». Imposible generalizar tal aseveración, aunque algunos de los relatos de esta obra le den la razón. La docencia, siendo de muchas maneras un oficio de virtuosos, es como la de los escritores: se puede aprender a ser, pero no se puede enseñar. El mejor escritor no es necesariamente el que obtuvo una licenciatura en letras; y es que, como digo, no se enseña. Lo mismo ocurre con el profesor, el mejor no es necesariamente el que egresó de una escuela formadora. Regreso nuevamente a dos atributos de la persona: el carácter y la voluntad.

El tiempo en esta pandemia se vuelve perezoso. Fluye en el sentido opuesto a nuestras necesidades. Queremos que pase rápido, que las horas salten, pero casi siempre ocurre que el tiempo va por un sendero, y la necesidad por su opuesto. No será del todo cierto que los jóvenes vean al mundo como quisieran que fuera. Los tintes de idealismo están a la orden del día. Los viejos, más impactados por los hechos, lo ven sin espejismos, a veces de forma muy cruda. Una estudiante de una licenciatura en deportes me platicó que le gusta mucho su carrera; que le gusta estar en el patio de la escuela y jugar una cascarita de voleibol, así, de forma improvisada, apostando el refresco y los tacos de machaca; que le gusta competir en una carrera en la pista y aprender las técnicas para correr más rápido. Lo que no le gusta son las clases a distancia. No es fácil hacerla hablar, pero cuando lo hace, dice: «Quisiera que fueran presenciales. No estoy muy convencida de que, conforme nos adaptamos a trabajar en plataformas digitales, los profesores también van a mejorar. En todo caso, el cambio es para ambos. Nadie lo había vivido, ni ellos ni nosotros». «¿Aguantarías un nuevo semestre a distancia?», le reto. «¡La verdad, no!», responde sin dudarle, «¿Quién se acostumbra a hacer lagartijas y abdominales en la sala de su casa? ¡Fatal!».

He platicado con estudiantes de diversas universidades, públicas y privadas; he hecho lo propio con profesores que cuentan con más de 30 años de enseñar en un salón de clases, y otros que apenas inician el trayecto, que en el semestre de la contingencia vivían su primera experiencia como docentes universitarios. Me interesaba mimetizar la oralidad de todos para escudriñar los significados de lo que había ocurrido en esos días de desolación. Ximena contaría un relato que muy poco se parecería al de Por-

firio o al de Héctor, profesores longevos metidos en los aromas de las aulas. Y así fue, en lo único en lo que se parecen es en que a todos les llegó el desconcierto como suelen llegar los polvos del Sahara a la península de Yucatán: de repente y sin desearlo.

¿Qué pretenden mostrar los relatos de *El profesorado frente a la pandemia*? La reafirmación de esta tesis pedagógica:

El carácter y la voluntad son dos elementos esenciales para la actividad docente, y baso esos atributos en la pedagogía de la alteridad, particularmente en dos de ellos: la responsabilidad y el trabajo desde el testimonio. El profesor, provisto de esas dos cualidades, más el desarrollo de las capacidades pedagógicas (conocimiento y manejo de recursos didácticos), puede actuar adecuadamente en cualesquiera de estas modalidades: la presencial clásica, la virtual síncrona a través del uso de plataformas electrónicas, y la asíncrona, mejor conocida como clases en línea.

Una de las colegas más inteligentes con las que convivo, no compra del todo la tesis. La contraataca con este planteamiento: «Debes ver al maestro como un ser humano. Si vas a relatar historias de los profesores en la contingencia, también contextualiza el miedo, el dolor, la indefensión, el llanto. Sé sensato y no busques etiquetar el ejercicio docente inventando dos polos: los mediocres irresponsables y los iluminados. A estos últimos no los hagas caminar sobre las aguas. La vida es algo más que blanco y negro. Tiene muchos tonos de gris».

Registro la crítica y le respondo desde el ramal de una tesis que se ha venido amalgamando en la pedagogía de la alteridad. La han moldeado en múltiples trabajos Pedro Ortega, Ramón Mínguez, Eduardo Romero, como idea que surge de Ortega y Gasset: «somos nosotros y nuestras circunstancias». Tanto en *Educación desde la precariedad* (Gá-

rate y Ortega, 2015) como en *Una escuela con rostro humano* (Ortega y Gárate, 2017), Pedro es incisivo: la educación se da en un espacio y en un tiempo determinado. Los sujetos están condicionados por el contexto; el profesor debe ser capaz de leerlo para convertirlo en una pedagogía del cambio. Es una tesis bien labrada, tiene los cimientos de los clásicos que reconocen que los humanos nos hacemos en un espacio social determinado. Yo he avanzado con una colita de ciclón en esa tesis: si bien el maestro es un ser humano que no está tocado por Dios, también lo es que sus respuestas son, en muchos casos, singulares, personales, íntimas. Si no fuera de esa manera, no encontraríamos, en medio de tanta simulación y abandono, a los buenos profesores en zonas urbanas de alta desigualdad social. Son buenos porque se responsabilizan, educan desde el testimonio y buscan interpretar el contexto para transformarlo.

La narrativa es una estrategia que incide directamente en la comprensión de los significados de la vida. Los relatos, textos cortos que se estructuran con un ritmo que permite mantener el interés del lector, están lejos de ser atrapados por el Mar de los Sargazos, ese giro oceánico del Atlántico septentrional. A ese mar van los objetos olvidados, los que son desterrados de otros sitios. Por ejemplo, la antigua pizarra oscura y la tiza amarilla o blanca iniciaron el destierro hace algunos años. Fueron sustituidos por los marcadores y los pizarrones modernos, lo mismo que los proyectores que cuelgan de los techos de las aulas. Los relatos pedagógicos, si bien tienen una larga tradición, permanecen vigentes y muy lejos de ese cementerio de los objetos olvidados. Estos doce relatos de *El profesorado frente a la pandemia* describen hechos, circunstancias, todas con un común denominador: sus actores fueron violenta-

mente arrojados *al curso del desastre*. El autor no enjuicia, no teoriza. La interiorización, la interpretación y el efecto espejo, es una tarea del lector.

Reconozco, al final de estos diálogos con estudiantes y profesores, que algunos se detuvieron y reiniciaron el camino apretando los dientes, con mucho cansancio y con una convicción deteriorada. Otros lo hicieron también apretando los dientes, pero solidarios con el temor de sus estudiantes y corriendo los riesgos de equivocarse una y otra vez. No hay respuestas únicas; hay testimonios, ideas, formas de actuación. Como quiera que sea, la pregunta prevalece y se la planteé por correo electrónico a Pedro Ortega, referente iberoamericano de la pedagogía de la alteridad: «¿qué debe hacer un profesor cuando lo sacan del aula y le dicen: “váyase a casa y siga enseñando?”. ¿Cómo responder ante esa circunstancia insólita?». El hombre sabio por los años y por las lecturas, me contesta con otra pregunta: «¿Cuántos profesores identificaste que allanaron la distancia con sus estudiantes mediante una llamada en la que preguntaron: “cómo te sientes”? Deja tú si saben o no manejar un recurso tecnológico. El proceso educativo fluye de otra manera cuando construyes confianza. Creo, por lo que he visto y leído, que los maestros responsables, los que piensan en el otro son, todavía, un reducto».

Por fortuna, en estos relatos hay algunos profesores de la estirpe a la que refiere Pedro. Probablemente ellos sepan que el secreto de toda empresa que parece imposible es que no lo es, que siempre hay modos, que, si los senderos no existen, hay que construirlos, y para ello en educación se necesitan al menos tres cosas: carácter, voluntad y un saber imprescindible para ponerlo al servicio del otro.

Primera parte:

Los maestros del abandono



